



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 21 DE ABRIL DE 2019

Olga de León / Carlos A Ponzio de León

Colores de primavera y verano

CUIDADO CON EL VIENTO,
CUANDO CALLA
OLGA DE LEÓN

Una mañana de primavera, cuando las flores alegran el entorno, los pajarillos amenizan plazas, parques y ventanas de los hogares donde hay por lo menos un árbol grande y frondoso en el patio o al frente de ellos, pasó el viento y sintiéndose disminuido ante tanta belleza, y celoso por la atención que la gente le dispensaba a esos elementos de la naturaleza, quiso llamar la atención de todos, pero no sabía cómo. Estuvo todo un día y una noche pensando qué hacer, para que los pobladores de la comarca empezaran a hablar maravillas, también de él.

Al tercer día de haber caído en tal cavilación, creyó encontrar la respuesta a su preocupación. Primero, fue descartando lo que no debía hacer: no volveré a soplar demasiado fuerte, para que los pétalos de las flores no rueden por el suelo, pues pensarán que tuve envidia de sus colores y aromas. Tampoco espantaré a los pajarillos que cantan hermoso, como el ceniztle, pues entonces mis silbidos serán despreciados y anhelaran que pronto acaben los vientos y ventarrones; y, mi existencia dejará de tener sentido para los humanos.

Así que, esa noche del tercer día creyó dar con la solución a su problema. Debo ayudar a ensalzar las cualidades de las flores, los pajarillos y los árboles, tanto como las de ríos, arroyos, montes y montañas, para que siempre que en ellos piensen, recuerden mi presencia como el elemento que se los acerca y enmarca su existencia.

Muy contento consigo mismo, por la brillante idea que había concebido, se dedicó solo a soplar suavemente y permitir que los aromas de las flores llegaran tan lejos como él podía llevarlos; que los trinos de dulces pájaros fueran escuchados más allá de donde antes podían llegar. Y circulando entre los montes o sobre las cúspides de las montañas, fue feliz de enterarse que paseantes y ciudadanos de esos lugares hablaban del delicioso clima que en ellos había a pesar de que el sol estuviese en su punto más alto o los fríos se hubiesen asentado ya, como quien está en sus lares.

Pero, he aquí, que el hombre, el humano, mujer u hombre, de la edad que fuese, no sabían a qué se debía tanta belleza a su alrededor, y solo pensaban que era regalo natural o divino, pero nunca del viento, al que ya no veían ni sentían por ninguna parte, pues él había decidido pasar desapercibido para engalanar a todos los otros elementos de la naturaleza.

Un día, por ejemplo, haciendo que las voces se esparcieran, escuchó un comentario entre dos parroquianos que se preguntaban, a qué se debería que ya no hubiese viento y menos ventarrones... y, acto seguido, soltaron la carcajada mientras alegremente comentaron: debe ser que le dio vergüenza no servir para casi nada y se debe haber retirado al desierto. Triste, muy triste por haber escuchado tal comentario, el viento cayó en una muy fuerte depresión: ahogó su último aliento en su propia garganta y entonces sí que dejó de ser, ya ni siquiera una briznita o un silencioso vehículo de todo lo mejor que había en ese pueblo y fue nada.

A los pocos días del colapso sufrido por el viento, las flores se marchitaron, los pájaros emigraron a otras regiones en donde el calor o el frío no los mataran; los árboles no dejaron caer sus follajes,



sino que se secaron pegados a sus ramas, los arroyos se secaron, y los ríos perdieron gran parte de su caudal.

Entonces, un par de niños que generalmente gustaban de correr por gusto con el rostro dando contra el viento, fueron los únicos que supieron la verdad; y exclamaron: cuán ignorantes y malignos pueden ser los adultos, pues ellos que sí veían a ratos hacia el cielo y en otros hacia el frente o el suelo, descubrieron triste y desmayado al viento junto a una jacaranda, cuyas espinas lo habían punzado y él ni así reaccionó contra la planta y sus flores.

La niña que era un poco mayorcita, dijo, cómo puede ninguno saber que sin viento no hay aire, ni vida que se alimente sin su necesario oxígeno. Tomó entre sus manitas al viento y lo levó hasta una playa, en donde encontró un gran caracol, y suavemente lo colocó dentro de él. Luego le dio un beso al caparazón y algo le susurró por la cavidad más pequeña. El viento agradecido, comenzó a imitar los sonidos del mar, de las playas y de los follajes de los árboles cuando el aire los mueve para que bailen al son de la naturaleza y la vida.

El viento regresó a reinar entre los demás elementos de la naturaleza y jamás deseó desaparecer, como tampoco volvió a callarse. En adelante vivió: a ratos, levantando cuanto en su camino encontraba; pero otras, solo silbando como flauta dulce, o muy parecido su sonido al canto del ceniztle que llegaba hasta la Patagonia. Estos son los milagros que solo puede hacer la Naturaleza o un Ser Supremo; nunca el hombre: los intereses le ganan al corazón y la razón.

COROLARIO:

Y no puede porque su celo, su envidia, su desprecio por lo diferente, su animadversión a otros humanos que piensen

diferente de él, no le permiten ser ni compartido, ni solidario; ni siquiera razonable o sencillamente inteligente: asunto difícil en pueblos donde la ignorancia se cultiva para que siga la explotación de los débiles.

Pocas naciones hay que sean realmente poderosas por sus gentes, por su capital humano, como dirían los economistas; y esos son los que no cuestionan los triunfos de quienes legítimamente los obtuvieron, por el contrario, todos se unen para dar apoyo, para que la fuerza vaya en un mismo sentido, en pro de todos y especialmente de quienes más la necesitan. Eso se llama humanismo, altruismo, inteligencia, cultura y sensatez.

UNA VIOLA CHISPEANTE

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Ella murió de un infarto, sus padres siempre culparon de ello a su marido, porque él nunca la ayudó a bajar de peso. Tenía treinta y cinco años. El departamento en el que Salvador y su mujer vivían, lo habían comprado entre los dos. Luego del fallecimiento, él se fue a vivir con sus propios padres, pero solo para deprimirse más. Se concentró en su trabajo que lo mantenía fuera de casa de ocho de la mañana a once de la noche.

Salvador trabajaba en el área de sistemas dentro de una corporación. Era quien resolvía los problemas que el personal tenía con las computadoras. Su oficina estaba llena de teclados, ratones, cables y una que otra laptop y monitor. Era una oficina pequeña con una ventana que daba hacia el lado oriente de la ciudad, en el piso dieciséis.

Todas las mañanas desayunaba un par de donas, una de chocolate y otra de vainilla, y un jugo grande de naranja. Durante toda la vida había sido muy

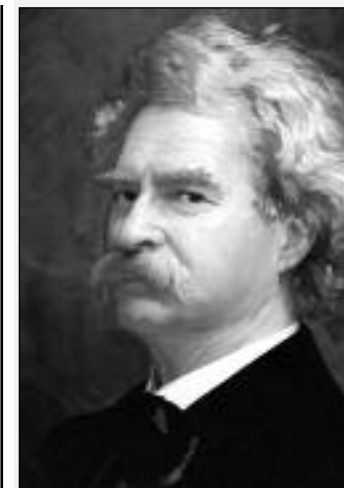
gordito, y luego de casarse, subió más de peso.

Durante la estancia en casa de sus padres, desempolvó el viejo estuche de la viola y se puso a tocar los fines de semana. Le extrajo al instrumento algunos sonidos que eran como formas de medusa que le podían alborotar la cabeza a cualquiera, arpegios que llegaban a acariciar con seda las manos de quienes escuchaban.

Sobre la cuerda de Do, la más grave y característica de la viola, podía sostenerse varios minutos improvisando trazos sombríos, provocándose miradas quietas y austeras que le prohibían a sus lágrimas volver a salir. Luego pasaba a tocar sobre las cuerdas de Sol y Re, en las que lograba acompañar a su propia alma solitaria y dolida, con música que era un abrazo fraternal, una palmada en el hombro para seguir adelante; y un hierro candente que lograría solidificarse para construir un nuevo futuro.

Finalmente, cuando llegaba a la cuerda de La, se sentía brillante como una estrella ardiendo, como el verano en la playa, como una esponja que absorbe agua caliente y que cuando se le exprime, arroja un aroma refrescante. Era en esta cuerda de La cuando se le ocurrían las ideas que iluminaban la oscuridad de su recámara, las que lo incitaban a realizar ejercicio.

Así fue como comenzó a correr los fines de semana por las tardes, cuando también sacó las viejas partituras y se puso en forma. Se convirtió en un nuevo Salvador, delgado y fuerte, y muy pronto dejó la casa de sus padres para volver a su antiguo departamento a rehacer su vida, para volver a disfrutar de la lluvia, del pasto del verano y de la caída de las hojas de los árboles en el otoño. Un Salvador que volvió a encontrar el sentido de la vida.



Mark Twain

(Samuel Langhorne Clemens; Florida, EE UU, 1835 - Redding, id., 1910) Escritor estadounidense. Aventurero incansable, encontró en su propia vida la inspiración para sus obras literarias. Creció en Hannibal, pequeño pueblo ribereño del Mississippi. A los doce años quedó huérfano de padre, abandonó los estudios y entró como aprendiz de tipógrafo en una editorial, a la vez que comenzó a escribir sus primeros artículos periodísticos en redacciones de Filadelfia y Saint Louis.

Con dieciocho años decidió abandonar su hogar e iniciar sus viajes en busca de aventuras y, sobre todo, de fortuna. Trabajó como tipógrafo durante un tiempo en su región, para después dirigirse a Nueva Orleans; de camino se enroló como aprendiz de piloto de un vapor fluvial, profesión que le entusiasmaba y que desempeñó durante un tiempo, hasta que la guerra de Secesión de 1861 interrumpió el tráfico fluvial, poniendo fin a su carrera de piloto.

Posteriormente se dirigió hacia el oeste, a las montañas de Nevada, donde trabajó en los primitivos campos de mineros. Su deseo de hacer fortuna lo llevó a buscar oro, sin mucho éxito, por lo que se vio obligado a trabajar como periodista, escribiendo artículos que enseguida cobraron un estilo personal. Su primer éxito literario le llegó en 1865, con el cuento corto La famosa rana saltarina de Calaveras, que apareció en un periódico firmado ya con el seudónimo de Mark Twain, nombre técnico de los pilotos que significa «marca dos sondas».

Como periodista, viajó a San Francisco, donde conoció al escritor Bret Harte, quien le animó a proseguir su carrera literaria. Empezó entonces una etapa de continuos viajes, como periodista y conferenciante, que le llevaron a Polinesia y Europa, y cuyas experiencias relató en el libro de viajes Los inocentes en el extranjero (1869), al que siguió A la brega (1872), en el que recrea sus aventuras por el Oeste.

Tras contraer matrimonio en 1870 con Olivia Langdon. Seis años más tarde publicó la primera novela que le daría fama, Las aventuras de Tom Sawyer, basada en su infancia a orillas del Mississippi.

Sin embargo, su talento literario se desplegó plenamente con Las aventuras de Huckleberry Finn (1882), obra ambientada también a orillas del Mississippi, aunque no tan autobiográfica como Tom Sawyer, y que es sin duda su obra maestra, e incluso una de las más destacadas de la literatura estadounidense, por la que ha sido considerado el Dickens norteamericano. Cabe destacar también Vida en el Mississippi (1883), obra que, más que una novela, es una espléndida evocación del Sur, no exenta de crítica, a raíz de su trabajo como piloto.

Con un estilo popular, lleno de humor, Mark Twain contrapone en estas obras el mundo idealizado de la infancia, inocente y a la vez pícaro, con una concepción desencantada del hombre adulto, el hombre de la era industrial, de la "edad dorada" que siguió a la guerra civil, engañado por la moralidad y la civilización.

Una serie de desgracias personales, entre ellas la muerte de una de sus hijas y de su esposa, así como un grave quebranto económico, ensombrecieron los últimos años de su vida.

ad pedem literae

"Todo hombre es como la Luna: con una cara oscura que a nadie enseña."

Mark Twain

Letras de buen humor

"Un banquero es un señor que nos presta un paraguas cuando hace sol y nos lo exige cuando empieza a llover."

Mark Twain

Joana Bonet

Luna de miel

El hotel está invadido por parejas recién casadas. Las hay de todos los orígenes: indias, británicas, japonesas, francesas, españolas, catalanas... De veintitantos, como máximo treinta años, por lo que deduzco que se trata del primer matrimonio. Aprecio su esfuerzo por ser felices: en el desayuno prueban panes diferentes y se hacen carantoñas, aunque pronto acaben refugiándose en las pantallas de sus teléfonos. Le pregunto a dos tortolitos franceses en qué trabajan: él es empleado del TGV, ella secretaria de una empresa de mensajería. Viven en Montfermeil, no soportan el estrés de París. Tanto ellos como sus familias han ahorrado para mantener viva la tradición. Que dos recién casados puedan celebrar una luna de miel memorable sigue siendo sinónimo de pertenencia a la clase media a pesar de su desmorone. Dispuestos a no decepcionar a padres, abuelos y tíos, se hacen fotos incluso con el traje de novios en la playa, saltando, porque ahora todo se hace a

brincos.

Mi hija me pregunta por qué se le llama luna de miel, e improviso: la miel lo endulza todo, se deshace en el paladar y te colma, te sacia; y así es como quieren sentirse, pues están —o creen estar— enamorados. Acabo de leer una hermosa y honda novela, Zuleijá abre los ojos (Acantilado), de Guzel Yáijina; cuenta la historia de una joven tártara deportada a Siberia. Y justamente la miel es en ella la pomada de eros que emerge en medio de la nada. "Sentía como ella misma se iba transformando en miel poco a poco". Es la única sensación placentera que conoce la protagonista: penetrar en su espesor pegajoso. Miel para los ojos, los oídos, el tacto, un conductor lento para la pasión. Lo más probable es que dentro de unos pocos años —en nuestro país, según el INE, la duración media de los matrimonios es de algo más de 16— estos festejantes ya no sean pareja; la miel se habrá transformado en hiel. De nada habrá servido, ni a ellos ni a sus



familias, la costumbre de un destino exótico. Buscaron un paraíso para celebrar su amor, pero no cuentan lo mucho que se aburririeron, cómo ansiaban estrenar su nido, salir a pasear los domingos, lo justo para no caer en el tedio.

Nunca se había cuestionado tanto la postal idílica del amor.

Las jóvenes ya no creen en la sopa boba de la media naranja, ellas son unidades completas. El amor romántico

ha dejado de ser redentor, porque se las cobra y de qué manera. Y aun así, quién va a perder la oportunidad de consumir quince días de permiso y hacerse una selfie en un mar turquesa.

Aunque sin olvidar que el amor siempre trae consigo sombras, torpes que fuimos idealizando sus cuatro letras.

No remitirá el dolor del mundo, pero, como le ocurre a Zuleijá, le concederá un respiro.